

¿Qué queda del posmarxismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau? Tres etapas histórico-políticas y tres desplazamientos en su concepción normativa

Hernán Fair*

Fecha de envío: 21/08/15

Fecha de aprobación: 14/12/15

Resumen

Este artículo problematiza el posicionamiento de la teoría posfundacional de la hegemonía de Ernesto Laclau en el campo posmarxista, colocando el eje en la dimensión normativa, vinculada a la praxis social transformadora y a la aceptación de las diferencias como constitutivas. Para ello, se toman como base los posicionamientos y debates de sus principales textos a partir de la ruptura con las tradiciones marxistas, en 1985. Se busca responder al siguiente interrogante: ¿qué queda del posmarxismo en la teoría de la hegemonía de Laclau? La hipótesis principal sostiene que, en las últimas tres décadas, se pueden identificar en la obra del pensador argentino tres etapas histórico-políticas e intelectuales (aunque no meramente cronológicas). Estas etapas presentan un triple desplazamiento, que puede ser examinado desde las dimensiones socialista, democrático-igualitaria y plural, y se traducen, en su última etapa, en un debilitamiento de la dimensión normativa y un abandono fáctico de la herencia marxista.

Palabras clave: Ernesto Laclau - Teoría de la hegemonía - Posmarxismo - Análisis sociopolítico - Teoría política posfundacional.

*Investigador del CONICET (IESAC-Universidad Nacional de Quilmes). Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Docente en UNQ y en UBA. Email: herfair@hotmail.com

Abstract

This article problematizes the positioning of Laclau's post-foundational theory of hegemony in the post-Marxist field, placing the shaft into the normative level, link with the transformative social praxis and acceptance of differences as constitutive. To do that, it based on the positions and debates of its main texts since the rupture with Marxist traditions, in 1985. It seeks to answer the following question: what remains of post-Marxism in Laclau's theory of hegemony? The main hypothesis affirms that, in the last three decades, it can be identified in the work of the Argentine thinker three historical-political and intellectual stages (though not merely chronological). These stages present a triple displacement which can be examined from the socialist, democratic-egalitarian and plural dimensions, and results in its last stage, on a weakness of the normative dimension and a factual abandonment of Marxist heritage.

Keywords: Ernesto Laclau - Theory of hegemony- Post-Marxism - Socio-political analysis - Post-foundational political theory.

1 Introducción

Durante la primera mitad de los años '80, Ernesto Laclau construyó una teoría posfundacional de la hegemonía, posicionada dentro del campo posmarxista. Este posicionamiento denotaba el intento de superar los límites e inconsistencias del marxismo ortodoxo, aunque sin abandonar plenamente esta tradición política e intelectual. La mayor parte de los referentes marxistas, sin embargo, consideran al posmarxismo de Laclau como un "anti-marxismo", o bien como un "pre-marxismo", en el momento en que asume una concepción epistemológica "idealista" y políticamente liberal, que abandona la "meta estratégica central" del "proyecto emancipatorio de transformación social" del marxismo, que consiste en la denuncia del "fenómeno de la explotación en las sociedades de clase" (Borón 2000, 85) y la "abolición de las relaciones capitalistas de producción" (Geras 1987, 43). La teoría de la "democracia radical y plural", además, realiza una "degradación", que "se despidе de todo lo conocido como socialismo" (Meiksins Wood 2013, 123 y ss.). Con la más reciente publicación de "La razón populista", estas críticas se acentuaron por legitimar la formación de "un sujeto popular disociado de las contradicciones de clase"¹ (Gutiérrez 2014, s/p).

¹Para más detalles de estas controversias teóricas, véase Fair (2015).

El presente trabajo se propone problematizar el posicionamiento de la teoría posfundacional de la hegemonía de Laclau en el campo posmarxista, colocando el eje en la dimensión normativa. Desde un pensamiento de izquierda posfundacional, entendemos a la dimensión normativa como una meta a su vez teórica y ético-política, vinculada al desarrollo de una lucha hegemónica que busca la transformación política y social radicalizada del orden vigente para superar las condiciones de explotación y opresión del capitalismo y promover un horizonte socialmente emancipador, aunque sin abandonar la aceptación de las diferencias y particularidades. Para llevar a cabo la presente investigación, tomaremos como base los posicionamientos y debates de los principales textos de Laclau, a partir de la ruptura teórica, ontológica y política con las tradiciones marxistas, que se inicia en la primera mitad de los años '80. Buscamos responder al siguiente interrogante: ¿qué queda del posmarxismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau? La hipótesis principal sostiene que, en las últimas tres décadas, se pueden identificar en la obra del pensador argentino tres etapas histórico-políticas e intelectuales (aunque no meramente cronológicas). En segundo término, se sostiene que estas etapas presentan un triple desplazamiento, que puede ser examinado desde las dimensiones socialista, democrático-igualitaria y plural, y se traducen, en su última etapa, en un debilitamiento de la dimensión normativa y un abandono fáctico de la herencia marxista.

2 Consideraciones teórico-metodológicas

La primera consideración remite a los presupuestos más generales que se asumen en este trabajo, que parten desde una concepción teórica y onto-epistemológica vinculada a lo que ha sido definido como el pensamiento político posfundacional (Marchart 2009). El posfundacionalismo rechaza tanto a las posturas anti-fundacionales del perspectivismo radical (idealismo, nihilismo), como a las concepciones fundacionales y esencialistas (realismo, positivismo, funcionalismo). Frente a este reduccionismo binario, asume un fundamento "parcial", que reconoce la existencia de la realidad social, aunque destacando el papel central que adquiere la dimensión político-ideológico-discursiva, con sus efectos de contingencia, precariedad, historicidad y relatividad,

en la estructuración del orden social. Con base a estos presupuestos, en este trabajo se sostiene que:

- I. No es fácticamente posible realizar un abordaje puramente objetivo y neutral (en este caso, de la obra de Laclau), por lo que todo análisis teórico y político corresponde a una interpretación de los textos. Ello no implica rechazar el intento de alcanzar la máxima rigurosidad teórica y la máxima objetividad posible al analizar el “objeto”.
- II. No existe una racionalidad plena y omniabarcadora de los agentes sociales, cuyas ideas tampoco progresan de una forma teleológica. Ello implica, siguiendo a Foucault (2008), el rechazo a toda interpretación meramente cronológica y lineal de los textos, incluyendo la presunta validez superior *a priori* de los textos más recientes, por sobre los trabajos cronológicamente anteriores².

Al mismo tiempo, asumimos una serie de premisas más específicas, vinculadas a la concepción laclauniana:

- i. La obra de Laclau adquiere una relativa autonomía, y puede ser distinguida, de los postulados y los ejes teórico-políticos de la pensadora belga Chantal Mouffe³.
- ii. A partir de los textos de mediados de los años ´80, Laclau abandona los reductos esencialistas que mantenía del estructuralismo neomarxista, para adoptar una concepción teórico-política y onto-epistemológica posfundacional, definida como posmarxista⁴.
- iii. Aunque no existe un agrupamiento cronológico *a priori* de la obra de Laclau, resulta posible plantear ciertos agrupamientos epocales, delimitando fases y etapas histórico-políticas e intelectuales en sus principales textos, que deben ser derivados del análisis interpretativo de su obra.

²Ello implica reconocer que toda obra constituye un cierto conjunto articulable, pero que a su vez presenta determinadas transformaciones, contradicciones y ambigüedades, más aún cuando se trata de trayectorias tan extensas y escritas en circunstancias histórico-políticas, económicas y personales diferentes.

³En ese marco, además de los lineamientos propios que Laclau desarrollaba en su artículo de 1985, debemos subrayar sus posteriores divergencias con la concepción “agonista” (adversarial) de Mouffe (1999). Cabe destacar, aún así, la imposibilidad de individualizar plenamente las contribuciones de Laclau y de Mouffe en su texto en co-autoría, aunque Laclau luego reconocería que la concepción de la “democracia radicalizada” respondía a una contribución de su esposa (véase Laclau 1993, 190).

⁴Ello no implica que Laclau fuera el creador del posmarxismo, término que cuenta con antecedentes en algunos pensadores europeos (Arditi 2010, 160).

De manera tal que concebimos la posibilidad de identificar en la obra de Laclau una serie de etapas histórico-políticas, aunque no necesariamente cronológicas, en su concepción normativa (esto es, en su visión ético-política radicalmente transformadora y democrático-pluralista), a partir del giro de sus trabajos de 1985 hacia el campo posmarxista, y hasta su fallecimiento, en el año 2014. La identificación de estas etapas, condicionadas por los dialogismos que el pensador argentino estableció con referentes del campo de izquierda marxista y posfundacional, y por las sucesivas transformaciones en el panorama nacional e internacional, no constituye un dato *a priori* o que haya sido destacado por el pensador argentino, sino que representa una hipótesis de esta investigación, que debe ser corroborada o desechada a partir de un riguroso análisis de sus principales trabajos⁵.

3 Posicionamientos, debates y combates de la teoría posfundacional de Laclau en relación a las tradiciones marxistas y de izquierdas

En la primera mitad de los ´80, Laclau construyó una innovadora teoría posfundacional de la hegemonía, que marca una ruptura con sus reductos esencialistas previos, aunque procurando conservar una herencia intelectual con las tradiciones marxistas⁶. En ese marco, en el transcurso de las últimas décadas, el pensador argentino entabló un dialogismo crítico con las tradiciones marxistas y de izquierdas, estableciendo una serie de contrapuntos de enorme importancia para el desarrollo de la teoría política contemporánea y para repensar la dimensión normativa o ético-política, vinculada al desarrollo una praxis política y social radicalmente transformadora de las condiciones de explotación y opresión social del capitalismo, pero que no abandona el respeto a las diferencias particulares. A continuación, examinaremos estos posicionamientos y debates desde sus textos, para luego interrogarnos sobre la validez normativa de su posicionamiento en el campo posmarxista, teniendo en cuenta sus transformaciones

⁵Frente a la imposibilidad de agotar la extensa obra oral y escrita de Laclau, nos centraremos en sus principales publicaciones textuales entre 1985 y el 2014.

⁶Los debates intelectuales de Laclau con referentes (neo)marxistas se remontan a comienzos de los años ´70, condensándose en su libro "Política e ideología en la teoría marxista", publicado en inglés en 1977 y en español al año siguiente (Laclau 1978). Sobre esta etapa de la obra del pensador argentino, véase Melo y Aboy Carlés (2014, 397-403 y ss.).

diacrónicas.

3.1 “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”

Con la publicación del poco conocido y difundido artículo “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”, que condensa una serie de debates de comienzos de la década del ´80 en un seminario en Morelia (México), Laclau (1985) inició una ruptura teórica, epistemológica y política con su anterior perspectiva de neomarxismo estructuralista, construyendo una innovadora teoría posfundacional de la hegemonía. En ese marco, el pensador argentino sintetizó tempranamente una serie de críticas a la(s) teoría(s) marxista(s) y desplegó sus principales tesis “posmarxistas”, que plantean una profunda reformulación interna del propio campo marxista, a partir del uso del concepto gramsciano de hegemonía en clave anti-esencialista, articulado con categorías del post-estructuralismo francés y el humanismo socialista italiano. Con el horizonte en construir una “estrategia socialista”, en este texto fundacional Laclau propone tomar una serie de “decisiones” teórico-políticas heréticas:

1. *Eliminar el reduccionismo de clase como supuesto fundamental de la teorización política.*
2. *Romper con las concepciones empiristas y racionalistas de las clases sociales.*
3. *Introducir en el análisis político los conceptos fundamentales de sobredeterminación y articulación.*
4. *Llegar a una concepción más amplia de los antagonismos sociales (Laclau 1985, 19).*

A partir de esta propuesta, Laclau (1985, 19) realiza una triple crítica a las perspectivas teóricas del marxismo, que cuestiona:

- a) El mantenimiento de una rígida oposición base/superestructura.
- b) La identificación primaria de las clases a nivel de la base, es decir, su inserción en el proceso de producción, del que se derivan “intereses de clase” claramente definidos.
- c) La afirmación de que las formas políticas y de conciencia de los agentes sociales son formas necesarias, derivadas de la

naturaleza de clase de los mismos.

Laclau escribió este trabajo en un contexto histórico-político que definía como una “crisis profunda” del “pensamiento marxista” en la era del “capitalismo avanzado” y del “imperialismo”. Esta crisis se potenciaba con el desarrollo de los nuevos movimientos sociales (NMS) y las luchas anti-colonialistas y con la creciente interconexión mundial del capitalismo. Contrastando la complejización creciente que asume el capitalismo y las identidades sociales de finales del siglo XX, frente a las premisas tradicionales de las teorías marxistas, criticó las formas de “reduccionismo” objetivistas, empiristas y economicistas, así como las derivaciones racionalistas, que rechazan la validez de las posicionalidades no estrictamente clasistas, frente a la “posición de clase” como antagonismo primordial (Laclau, 1985, 19 y ss.).

En las circunstancias histórico-políticas que caracterizan al capitalismo real de finales del siglo XX, Laclau planteó una revalorización, en clave posfundacional, del concepto gramsciano de “hegemonía”. En ese sentido, enfatizó en la importancia central de la “articulación política”. Sin embargo, a diferencia de Gramsci, colocó el eje en la “sobredeterminación” simbólica y, por lo tanto, en la construcción político-discursiva de las relaciones sociales (luchas, antagonismos, formas de emancipación social)⁷. Ello lo condujo a asumir tres tesis originales, que lo diferenciaban de lo que definía como los “reductos esencialistas” del marxismo.

a) La hegemonía, como forma de dominación social centralmente consensual, es construida y estructurada desde y a través del orden significante.

b) La disputa hegemónica es capaz de generar, desde el orden del discurso, un cambio efectivo en la “identidad” de los “agentes sociales”, más allá de sus posiciones “objetivas” en la estructura social.

c) Existe una “pluralidad de antagonismos” sociales (económicos, nacionales, sexuales, institucionales), no reductibles a las formas clasistas, ni capaces de ser cuestionados desde la denuncia de una presunta “falsa conciencia” de las posiciones “objetivas” de “clase”

⁷Mientras que el concepto de “sobredeterminación” lo retoma de Althusser (quien, a su vez, se basa en Lacan), la tesis de la construcción política de las relaciones sociales se basa en los aportes del humanismo italiano de Della Volpe y Coletti, aunque desde una perspectiva de constructivismo posfundacional (véase Laclau 1985, 39-41).

(Laclau 1985, 19-24).

Desde la dimensión normativa, Laclau asumió una doble crítica político-ideológica frente al “ultraizquierdismo” y la “socialdemocracia”. En relación al primero, rechazó la existencia de un “sujeto pre-constituido” y que entiende al “sistema de dominación” como un “todo coherente” y al cual, por lo tanto, se debe “destruir como un todo”. En cuanto al segundo, cuestionó su “aceptación” del sistema en general y el énfasis en las reformas “internas” para “favorecer a ciertos sectores”, sea la “clase obrera” o “los sectores desprotegidos”. En ambos casos, la crítica se concentró en la forma de construir la alternativa “reforma/revolución”, en el momento en que se dejaba de lado la concepción de la política como una “práctica articuladora” que excede ampliamente a esta dicotomía. Frente a estas alternativas, Laclau retoma a Gramsci para hacer hincapié en la “guerra de posición”, con el objeto de construir una “lucha por la eliminación de la dominación” y por la “producción de nuevos sujetos”⁸ (Laclau 1985, 26). En ese marco, abre el camino a lo que define como una “nueva concepción de la política fundada en la noción de hegemonía”, que permite articular a la “democracia” a un “discurso socialista” para lograr una “democratización real” y construir una “estrategia socialista y popular”, sin caer en los límites parlamentaristas-procedimentalistas (“parlamentarización superficial”) de la socialdemocracia y sus derivaciones “transformistas”⁹ (Laclau 1985, 34-36).

3.2 Hegemonía y estrategia socialista

Con la aparición de *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (de ahora en más, HyES) [1985], texto publicado en español en 1987, Laclau profundiza (con Mouffe) la deconstrucción del corpus marxista, desarrollando una exhaustiva

⁸Aunque excede el marco de este trabajo, Balsa (2006) ha identificado en la obra de Gramsci tres concepciones de la hegemonía: como alianza de clases, como hegemonía intelectual y moral y como transformación en los modos de vida. Laclau parece retomar y reformular la primera definición (sin la base económico-material), al hacer hincapié en la importancia de la articulación política, y al referirse, desde la segunda y tercera visión, a las transformaciones ideológicas y discursivas (tanto lingüísticas como en las prácticas discursivas no meramente lingüísticas) que genera toda forma hegemónica en las posicionalidades de los agentes.

⁹Laclau (1985, 36-38) plantea, en ese sentido, la validez que asume la forma política “pueblo” y la estrategia “movimentista” como un posible eje organizador de las luchas democratizadoras, aunque cuestionando a las posturas “nacional-populares”, ya que dejan de lado las reivindicaciones ligadas a la “defensa de los derechos individuales”.

crítica a sus principales postulados teóricos y onto-epistemológicos. Sin embargo, se asume rápidamente como “posmarxista”, procurando mantener amarras con la tradición “emancipadora” e “igualitaria” del marxismo. En ese marco, junto a la recuperación del concepto gramsciano de hegemonía en clave anti-esencialista, Laclau menciona, ya desde el mismo título del libro, la importancia que asume la “estrategia socialista”. Profundizando los argumentos señalados en “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”, lo hace desde un proyecto de democracia “radical”, que se centra en la lucha política contra las múltiples formas de “opresión” y “explotación” social en el capitalismo contemporáneo. Esta concepción “radicalizada” de la democracia problematiza los límites de la visión liberal-parlamentarista, recuperando aspectos de la tradición clásica de la democracia, a partir de la defensa de la soberanía popular y el “derecho a la igualdad”. Sin embargo, en el marco de la burocratización y el anti-liberalismo de las experiencias del socialismo real del siglo XX (Estalinismo, Mao, Pol Pot) y la creciente fragmentación y complejización de la estructura social, plantea una doble crítica a la simplificación epistémica de las teorías marxistas y a las estrategias políticas de los socialismos “realmente existentes”. Como una alternativa a las desviaciones dictatoriales del “socialismo real” y a los límites del liberalismo procedimental y tecnocrático, Laclau propone (re)construir un “socialismo democrático”, que debe integrar los valores emancipadores del socialismo con una visión democrático-igualitarista y horizontal, aunque sin caer en el formalismo parlamentario del liberalismo político (Laclau y Mouffe 1987, 194 y ss.).

Este proyecto teórico-político, que presenta fuertes convergencias con las críticas coetáneas a la experiencia Estalinista de referentes centrales del marxismo humanista italiano (Mondolfo, 1973) y del socialismo post-estructuralista francés (Lefort, 1990), incorpora elementos de ambas tradiciones, aunque desde una innovadora perspectiva de construccionismo social. En ese sentido, uno de los ejes centrales del planteo laclauiano consiste en la distinción que establece entre relaciones de “subordinación”, de “opresión” y de “dominación”. Según Laclau, mientras que las relaciones de “subordinación” implican una relación de “sometimiento” a las decisiones de un otro, por ejemplo “un empleado respecto a un

empleador” o “la mujer respecto al hombre”, las relaciones de “opresión” corresponden a “aquellas relaciones de subordinación que se han transformado en sedes de antagonismos”. Finalmente, las relaciones de dominación corresponden a “aquellas relaciones de subordinación que son consideradas como ilegítimas, desde la perspectiva o el juicio de un agente exterior a las mismas” (Laclau y Mouffe 1987, 196).

Esta distinción, que toma como base los aportes del humanismo marxista de Coletti y Della Volpe, en clave posfundacional, le permitió a Laclau criticar la existencia de contradicciones lógicas, objetivas y necesarias entre las clases antagónicas, cuestionando tanto a las concepciones dialécticas del marxismo, como a las visiones humanistas. Al mismo tiempo, le permitió reforzar la importancia fundamental del lenguaje en la construcción política y en la significación (en los términos del marxismo humanista, la “concientización”) de estas relaciones sociales. En ese marco, el pensador argentino se distancia epistemológicamente del materialismo dialéctico, al afirmar que, si bien en el capitalismo existen relaciones sociales antagónicas y formas de opresión y explotación social de determinados grupos sobre otros, lo que supone la existencia de un desequilibrio constitutivo del poder en desmedro de los sectores subalternos, no toda relación de subordinación implica *necesariamente* una relación construida como de opresión. Así, aunque Laclau asume, en parte, la tesis foucaultiana que sostiene que “en todo lugar donde hay poder, hay resistencia” (Foucault 1996, 64), no siempre las relaciones estructurales de subordinación son entendidas, asumidas y expresadas por los sectores dominados en términos de antagonismo con el sistema. En ese sentido, el punto clave para Laclau es que las relaciones de subordinación social no siempre son situadas por los sectores subalternos como ilegítimas. En efecto: “es solamente en ciertos casos que las resistencias adoptan un carácter político y pasan a constituirse en luchas encaminadas a poner fin a las relaciones de subordinación en cuanto tales” (Laclau y Mouffe 1987, 195).

Como lo sintetiza en un pasaje, “las relaciones de subordinación, consideradas en sí mismas, no pueden ser relaciones antagónicas” (Laclau y Mouffe 1987, 196). En los términos marxistas, el obrero no siempre se opone a la “extracción” de “plusvalía” del capitalista,

así como la mujer no siempre declama como ilegítimas las formas de opresión y dominación de la cultura patriarcal. En ese contexto, rechazando las perspectivas de la “falsa conciencia” de la Escuela de Frankfurt y sus variantes del “fetichismo” y la “alienación” (Lukács), Laclau destaca que el objetivo central de la disputa hegemónica consiste en “transformar” políticamente las “relaciones de subordinación” en relaciones percibidas como de “opresión” y “dominación” por parte de los agentes subordinados, de modo tal de convertir estas relaciones sociales en la “sede de un antagonismo”. Ello implica incentivar (construir), desde el orden simbólico, una efectiva “resistencia a la subordinación” de los sectores subalternos, condición de posibilidad para poder “luchar contra las desigualdades” en la dinámica histórico-política (Laclau y Mouffe 1987, 196-197).

Mediante estas distinciones, que complejizan los aportes del marxismo humanista italiano desde una concepción de construccionismo social¹⁰, Laclau se distancia tanto del marxismo ortodoxo, como de las corrientes idealistas. En relación al primero, rechaza la posibilidad de que existan relaciones de oposición objetivas y contradicciones lógicas. Sin embargo, en lugar de pensar la no concordancia entre la base material y las ideas políticas de la clase obrera como expresión de una “falsa conciencia”, “fetiche” o “alienación” de las condiciones objetivas de dominación burguesa, enfatiza en el papel central de lo político-ideológico en la construcción de esas relaciones en términos antagónicos e irreconciliables. Debido a que no toda relación social antagónica implica su percepción como una relación contradictoria, Laclau sostiene que, pese a existir en el capitalismo relaciones antagónicas, tanto los antagonismos, como las relaciones de oposición o de contradicción, no están “dadas” de forma objetiva y necesaria, sino que deben ser construidas políticamente a través del orden simbólico (Laclau y Mouffe, 1987).

En cuanto al idealismo, ya sea hegeliano o kantiano, o desde su versión trascendental husserliana, Laclau deja en claro, en su debate con Geras, el rechazo a toda concepción mentalista e individualista del discurso y de la realidad social. También rechaza a las visiones

¹⁰Aunque también podemos encontrar posiciones convergentes con la visión existencialista-humanista de Freire (1985) sobre la concientización de los sectores oprimidos, e incluso, desde el neo-marxismo estructuralista de Bourdieu (1984). En ambos autores, sin embargo, se conserva una determinación económica “en última instancia”, similar a la perspectiva gramsciana.

racionalistas (ya sea “panlogicistas” o “iluministas”), universalistas y teleológicas de la filosofía de Kant y Hegel, con sus tesis sobre la “Astucia de la razón” y el avance progresivo hacia un “orden cosmopolita”. En su lugar, destaca, en línea con las escuelas post-estructuralistas francesas, la dimensión construida, material y social del discurso, enfatizando en el aspecto “simbólico”, “parcial”, “precario” y “contingente” de las identidades políticas y de la realidad social. Finalmente, aunque acepta la idea de “negatividad” hegeliana, rechaza la existencia de una “contradicción lógica”, que conduciría a una “dialéctica” y a su “superación sintética” en una etapa final. De modo tal que la teoría política de Laclau asume una ontología de la negatividad y un materialismo de lo social, pero desde una concepción constructivista social, que rechaza tanto a las posturas idealistas y dialécticas, como a las realistas y del materialismo histórico.

En base a estas tesis posfundacionales, que enfatizan el papel constitutivo del orden significativo para la toma de conciencia “para sí”¹¹, Laclau elabora una propuesta política de “positivación” no dialéctica, que recupera la dimensión praxística (y no meramente especulativa) del marxismo, pero a costa de distanciarse del resto de sus postulados nucleares. A diferencia de los textos centrales de Marx y de la mayor parte de las tradiciones marxistas, que han tendido a renegar de las formas de explotación con base en las diferencias étnicas, raciales o de género (Borón 2000; Anderson 2011), Laclau se propone complejizar al socialismo, promoviendo una lucha política *extendida* hacia las formas de explotación en estos campos no estrictamente anti-capitalistas. En ese sentido, plantea una “democratización radical” de la democracia, fomentando las relaciones sociales igualitarias, horizontales y “liberadoras” en diversos ámbitos que exceden a lo económico (como “base material”), ya sea las luchas feministas, anti-racistas o anti-imperialistas.

Finalmente, junto a esta “estrategia” socialista y de “radicalización” de la democracia, Laclau incorpora una ruptura adicional, y más

¹¹Laclau no acepta la distinción marxista entre clase “en sí” y clase “para sí”, aunque reconoce la existencia de formas de explotación capitalistas cuasi “objetivas” (en los términos de Laclau, “objetivadas”). Sin embargo, lo más relevante es que la conciencia de esta explotación no siempre es percibida como tal por los explotados. En ese marco, no niega la realidad de la explotación social, pero sostiene la necesidad de efectuar una “politización” (o “concientización”, en los términos del marxismo humanista) que transforme desde el discurso las auto-percepciones de los agentes subordinados, en términos de grupos oprimidos o explotados.

profunda, con Marx y las tradiciones marxistas, al incluir en su propuesta una dimensión “plural”, que enfatiza en la aceptación de la “contingencia” y la “pluralidad” social. En consonancia con las contribuciones de Lefort (1990), el pensador argentino articula al esquema de socialismo democrático algunos elementos típicos del liberalismo político radical, como la aceptación de la diversidad de ideas, la “tolerancia”, el respeto al medio ambiente sano y a los derechos de los nuevos movimientos sociales (NMS) y las minorías culturales, aunque procurando evitar caer en la clásica visión formalista-procedimental del liberalismo parlamentario.

De modo tal que la “estrategia socialista” y el proyecto de “democracia radical y plural” tienen por objeto profundizar la lógica igualitaria, participativa y horizontal de la concepción clásica de la democracia, pero sin renegar del valor central de la “libertad”, en tanto asociado al respeto y promoción de la “pluralidad” social y los derechos de las minorías socioculturales (Laclau y Mouffe 1987, 197-199 y ss.). En ese sentido, lo que Laclau define, desde Tocqueville, como la “revolución democrática” apunta, en términos foucaultianos, a “politizar las relaciones sociales”, incluyendo las luchas de diverso tipo (económicas, feministas, de minorías raciales, de grupos marginalizados) contra las múltiples formas de “opresión” y “dominación” social existentes (Laclau y Mouffe 1987, 227-229).

En el marco del apoyo explícito a las luchas no clasistas de los nuevos movimientos sociales, Laclau hace hincapié en “las luchas localizadas contra toda forma opresiva de construcción de las diferencias sexuales”, oponiéndose a la relación de lo “femenino subordinado a lo masculino”. Sin embargo, lejos de confinarlo a la cultura patriarcal, señala que se debe “luchar” por una “humanización de una variedad de prácticas sociales” (Laclau y Mouffe 1987, 158-159). En ese sentido, Laclau deja en claro ciertas afinidades parciales entre la concepción de la democracia “radical y plural” y el liberalismo político, para la construcción de una “alternativa de izquierda”:

Frente al proyecto de reconstrucción de una sociedad jerárquica, la alternativa de la izquierda debe consistir en ubicarse plenamente en el campo de la revolución democrática y expandir las cadenas de equivalencias entre las distintas

luchas contra la opresión. Desde esta perspectiva, es evidente que no se trata de romper con la ideología liberal democrática, sino al contrario, de profundizar el momento democrático de la misma, al punto tal de hacer romper al liberalismo su articulación con el individualismo posesivo. La tarea de la izquierda no puede, por tanto, consistir en renegar de la ideología liberal democrática, sino, al contrario, en profundizarla y expandirla, en la dirección de una democracia radicalizada y plural (Laclau y Mouffe 1987, 222).

Esta mixtura entre el socialismo, la democracia clásica y el liberalismo radical que plantea Laclau no es muy distante del socialismo democrático-liberal europeo de los años ´80 y comienzos de los ´90 (Macpherson¹² 1982; Bobbio 2012), e incluso es convergente con la reformulación “reformista” gramsciana del socialismo democrático (liberal) de la misma época (Portantiero 1999¹³). Desde el plano óntico, esta estrategia política de ampliación de la disputa hegemónica lo conduce a otorgar una primacía implícita a la lucha intra-capitalista, en desmedro de la estrategia coercitiva-revolucionaria¹⁴. La diferencia con otras perspectivas post-gramscianas, en todo caso, se hallaría en el papel de lo político-discursivo como instituyente y en la integración teórica de herramientas del post-estructuralismo francés¹⁵.

3. 3 Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo

En el texto “Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo (NR)” [1990], publicado en español en 1993, Laclau aun se posicionaba en una “perspectiva posmarxista”, planteando como objetivo central la “formulación de una nueva política para la izquierda” para las “circunstancias históricas prevalentes en la última década del siglo

¹²Macpherson, de hecho, fue uno de los primeros autores en plantear la crítica a lo que definió como el “individualismo posesivo” del liberalismo, lo que coincide con la cita de Laclau que hemos mencionado.

¹³Señalamos el texto de Portantiero, debido a su notable impacto en nuestra región. Sin embargo, se puede hallar una perspectiva post-gramsciana similar en referentes contemporáneos como De Ipola, Nun, Landi y Lechner y, desde Europa continental, en el llamado eurocomunismo.

¹⁴Pese a que Laclau, hábilmente, se refiere a la “revolución democrática”, rechazando la clásica dicotomía reforma-revolución del marxismo.

¹⁵Laclau, además, incorpora en esta etapa herramientas teóricas provenientes del psicoanálisis, la retórica, la pragmática anglosajona y la filosofía pos-analítica. Algunos autores han destacado también la influencia más implícita de Carl Schmitt (en este sentido, véase Melo y Aboy Carlés, 2014: 404 y ss.).

XX” (Laclau 1993, 12-13). En ese marco, insistía, en pleno derrumbe del socialismo “realmente existente”, en la necesidad de promover un “socialismo más democrático” (Laclau 1993, 235), en el que “todos los hombres son los arquitectos exclusivos de su destino”, y en el que “no hay leyes de la historia que garanticen funciones *a priori* a ciertos actores privilegiados” (Laclau 1993, 236). También destacaba la necesidad de pensar en las “emancipaciones”, en lugar de reducirlo a una emancipación unitaria (Laclau 1993, 235). A partir de allí, retomaba el objetivo de construir un nuevo “humanismo” (Laclau 1993, 252-254), que debía posicionarse a favor de la “humanización de una variedad de prácticas sociales”, frente a la “amenaza” del “racismo”, el “sexismo” y la “discriminación de clase”, pero sin pensar a esta categoría como un “*a priori*” (Laclau 1993, 140; 157-158).

Sin embargo, lo más interesante de este trabajo radica en su respuesta, bajo la forma de cartas, a las críticas “por izquierda” hacia su texto fundacional. Una crítica inicial provendría desde una de sus (por entonces) estudiantes de doctorado en la Universidad de Essex (Gran Bretaña), Aletha Norval (1993), quien le cuestionaba dos ejes centrales. En primer lugar, el abandono del concepto de “clases sociales” y la necesidad de “reintroducirlas” como “construcciones sociales”. En segundo término, la necesidad de profundizar en los vínculos entre el socialismo y la democracia radicalizada, incluyendo el papel de las “condiciones de posibilidad” de la “política democrática” y la instancia de la “toma del poder” (Norval, 1993: 166-167).

En respuesta a la primera crítica, Laclau conservará la articulación historicista entre democracia y socialismo de sus trabajos previos y la necesidad de priorizar la “guerra de posición” por sobre la fijación de un “momento revolucionario”, entendido como “momento fundacional puro” (aunque ello no implicaba desconocer la instancia de la “toma de poder”) (Laclau 1993, 178-179). En cuanto a la segunda, luego de reconocer la validez de la crítica, el pensador argentino señalará que una posición “posmarxista” implica interrogarse sobre las “condiciones históricas requeridas para la constitución de los agentes sociales como clases”. En ese sentido, el concepto de “clase” podía ser entendido como una construcción “histórica y contingente”, vinculada a ciertas “condiciones de posibilidad” (Laclau 1993, 173). De modo tal que no se renegaba *a priori* del concepto de lucha de clases, sino que se

debía “historizar” esta categoría (Laclau 1993, 174). En ese contexto, reconociendo la validez de su uso en ciertas circunstancias históricas particulares signadas por la homogeneización tendencial de posiciones de sujeto, Laclau se referirá al ejemplo de los enclaves mineros, como un típico ejemplo de un actor con “conciencia de clase”:

¿En qué medida las clases existen hoy en día? Sería falso, ciertamente, decir que ellas han desaparecido enteramente. Si uno piensa en los trabajadores de un enclave minero, por ejemplo, es evidente que la categoría de clase puede ser en buena medida útil para caracterizarlos, puesto que uno encuentra una continuidad y estabilidad fundamentales entre todas sus posiciones de sujeto (Laclau 1993, 176).

Aunque Laclau señalará que la categoría de clase, hoy en día, “pierde valor analítico” por la “fragmentación” y la “proliferación de posiciones de sujeto de los agentes sociales” (Laclau 1993, 174-175), estas contribuciones abren la posibilidad para la recuperación del concepto de clase social bajo ciertas condiciones histórico-políticas particulares.

La tercera innovación teórica se vincula al clásico dualismo entre las vertientes marxistas y liberales, en torno a la determinación económica versus el pluralismo. Reafirmando su posicionamiento en el “campo posmarxista” (Laclau 1993, 107), Laclau reconocerá, frente a las críticas de Geras (1987) por adoptar un presunto pluralismo liberal de esferas, que la economía asume un papel central en la dinámica política del capitalismo, pese a no constituir un factor determinante *a priori* de lo social, en ninguna de sus variantes. En ese marco, Laclau señalará que “todos los seres humanos necesitan alimentarse” y “reproducirse” (Laclau 1993, 253). El problema es que, desde la perspectiva construccionista del pensador argentino, “la actividad económica es tan discursiva como las ideas políticas o estéticas” (Laclau 1993, 195). En sus palabras:

Supongamos que alguien afirma que los hombres deben reproducir materialmente su existencia. No puede haber la menor duda acerca de ello, pero, ¿se sigue de esto que esta necesidad es independiente de toda estructura discursiva? Desde luego que no, porque ella será llenada a

través de relaciones de producción específicas (y por lo tanto, discursivas) (Laclau 1993, 228).

De modo tal que, reconociendo explícitamente la importancia central que asume lo económico-material en el sistema capitalista, que impone “límites estructurales fundamentales” (Laclau 1993, 130), Laclau sostendrá, nuevamente, que es sólo desde el análisis discursivo de la situación coyuntural y de la historia política concreta, como se podría explicar una primacía (contextual) de lo económico-material.

En este texto clave Laclau debate también con las críticas en torno al presunto “idealismo” de su concepción teórica. En respuesta a las acusaciones de Geras (1987), Laclau reafirma su posicionamiento dentro del “campo post-marxista”, y de allí el título de este apartado, en el que se posiciona como posmarxista “sin pedido de disculpas” (Laclau 1993, 111). Retomando lo señalado en su texto fundacional, Laclau resalta el aspecto histórico-social y material del discurso. En ese marco, rechaza a las posturas realistas, desde una visión constructivista de los objetos, pero que “no implica en absoluto poner su existencia en cuestión”. Además, se refiere a los aspectos “lingüísticos y “extralingüísticos” como dos términos que, “a pesar de su diferenciación”, conforman una misma “totalidad” discursiva. Finalmente, refuerza la crítica al concepto de contradicción lógica de la dialéctica hegeliana, enfatizando en el papel performativo que asume el orden signifiante (Laclau 1993, 113-116 y ss.).

Para reforzar la crítica al objetivismo, sin asumir un idealismo epistemológico, Laclau realiza en esta etapa dos operaciones centrales. En primer lugar, distingue entre el “ser” (lo ontológico) y sus formas históricas de “existencia” (lo óntico), de manera tal de diferenciar entre la ausencia de todo fundamento esencial y objetivo, y la existencia de formas de materialización fenomenológicas (aunque discursivamente constituidas) (Laclau 1993, 118). En segundo término, retoma la distinción entre “sedimentación” y “reactivación” de Husserl desde una reinterpretación constructivista del existencialismo heideggeriano, para sostener que, aunque la sociedad es “imposible” (como totalidad plena), sí existe “lo social”, que asume la forma histórica de una “sedimentación” que permite su “objetivación relativa”. Sin embargo, incorporando elementos del psicoanálisis lacaniano, Laclau señala que

lo social sedimentado se encuentra penetrado por un elemento de “negatividad” ontológica, que actúa como un “exterior constitutivo” (Laclau 1993, 26). La “reactivación”, en ese marco, constituye el “momento político”, que permite mostrar los límites temporales de toda objetivación y sedimentación de lo social¹⁶ (Laclau 1993, 50-53 y ss.). Esta tesis, al tiempo que radicaliza la dimensión precaria y contingente de lo social, alejándose de las tradiciones marxistas, permite destacar la existencia fáctica de lo social, cuestionando las críticas sobre el presunto idealismo o posmodernismo de su teoría.

3.4 Emancipación y diferencia

Si en NR Laclau afirmaba que “el socialismo es parte integrante de la democracia radicalizada” (Laclau 1993, 238), y rechazaba el abandono “tout court” de “la categoría de clase” (Laclau 1993, 174), tanto el concepto de socialismo democrático, como las luchas contra las formas de opresión y la potencial historización de las clases sociales, dejarán de ser problematizados. En *Emancipación y diferencia*, que reúne un conjunto de textos de la primera mitad de los años ´90, publicados en 1994 (y en español en 1996), Laclau presenta una crítica a la filosofía “nihilista” y “posmoderna”, a partir de su lógica del “puro particularismo” y su concepción “sin sujeto” (político). Al mismo tiempo, rechaza a las corrientes del multiculturalismo cultural y a la “utopía liberal”, que creen posible eliminar plenamente los antagonismos del seno de la sociedad, desde una visión racionalista. En el mismo sentido, desarrolla una crítica a las construcciones filosóficas que plantean un universalismo pleno de lo social, incluyendo al platonismo, el hobbesianismo, el hegelianismo, el marxismo y el liberalismo económico (Laclau 1996).

Polemizando al mismo tiempo con las concepciones de lo universal absoluto y del ultra-particularismo, Laclau propone una tercera opción, situada desde lo que hemos definido como un *pensamiento político complejo de lo social* (Fair 2014). En ese marco, realiza una defensa de la hegemonía como una lógica universalizadora, pero que no reniega de su inherente “particularidad”. En el famoso

¹⁶Acerca de estas categorías y sus vínculos con la fenomenología existencial heideggeriana, véase Marchart (2009).

artículo “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, el pensador argentino profundiza en esta conceptualización, haciendo hincapié en el papel clave de los “significantes vacíos” en la construcción simbólica de un orden comunitario “universal”, pero que al mismo tiempo no abandona su inherente dimensión “particular” y “diferencial” (Laclau 1996, 69-96).

En relación a sus debates con las tradiciones marxistas y socialistas, Laclau conserva, desde el título del libro, el concepto de “emancipación”. Por momentos, además, hace hincapié en la necesidad de “deconstruir” este significante para “construir nuevos discursos de liberación” (Laclau 1996, 13 y ss.). Desde el plano normativo, el pensador argentino asume su “preferencia por una sociedad liberal-democrático-socialista” (Laclau 1996, 211). Sin embargo, en consonancia con la subordinación del significante y de la reflexión misma sobre el socialismo, en el momento de examinar la estrategia política, la “liberación” queda reducida a la defensa de la lógica de universalidad parcial de la hegemonía, sin eliminar ni el polo de la universalidad, ni el de la particularidad.

3.5 “Deconstrucción, pragmatismo, hegemonía”

En 1998 se publicó en español el libro “Deconstrucción, pragmatismo, hegemonía”, en el que Laclau debatía con referentes centrales del pensamiento político contemporáneo, como Derrida, Rorty y Critchley. Este trabajo resulta relevante para analizar la cuestión normativa de la teoría de la hegemonía, y en particular sus debates con las izquierdas, ya que pone de manifiesto el desvanecimiento de la conceptualización del socialismo democrático y plural y la adopción creciente de las tesis posmodernas de la deconstrucción derridiana. Aunque en este texto Laclau continuaba asumiéndose como “demócrata radical” (Laclau 2005c, 107), sintomáticamente ya no había referencias explícitas a la dimensión socialista de los trabajos de los años ´80 y comienzos de los ´90.

Desde la dimensión normativa, Laclau partía de la premisa anti-esencialista de Derrida que “no hay ninguna transición lógica de un momento ético inevitable, en el que la plenitud de la sociedad se manifiesta como un símbolo vacío, a un orden normativo particular”

(Laclau 2005c, 87). Sin embargo, en lugar de asumir una ética política “parcial”, que trascendiera tanto al nihilismo como al universalismo, cerraría el debate concluyendo que no podía fijarse ópticamente algún tipo de ética política particular. Acto seguido, sostendría que la aceptación de la “hegemonía”, como universalidad parcial, debía ser considerado el “único objeto ético” (Laclau 2005c, 88). Como consecuencia del papel central de la lógica derridiana de la “indecidibilidad” de lo social, Laclau terminará deshaciendo todo el aparato crítico de sus años previos. En ese marco, la cuestión normativa se reducirá a la conformación de una ontología discursiva crítica de las formas plenamente particularistas (individualistas) y plenamente universalistas (totalitarias), en pos del ideal (vacío de contenido) de la hegemonía, en tanto universal relativo (particular) de lo social.

3.6 Los Diálogos contemporáneos en la izquierda

Durante el 2003 se editó en español *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, una publicación colectiva que reunía una serie de escritos y debates de Laclau, Žižek y Butler, editados en inglés en el año 2000. A lo largo de tres artículos, Laclau polemizó con estos autores en torno a algunas cuestiones teóricas y políticas relevantes. Poniendo de manifiesto la persistencia de una fuerte influencia de la lectura deconstructiva derridiana, Laclau insistirá en que la teoría de la hegemonía implica el “abandono de toda ética universalista”, “por mínimo que sea” (Laclau 2003, 89). Sin embargo, frente a las críticas de Žižek (2003), hará referencia a la posibilidad de edificar “nuevos proyectos emancipatorios, compatibles con la compleja multiplicidad de diferencias que dan forma al tejido de nuestras sociedades actuales” (Laclau 2003, 93). En ese marco, se referirá a la posibilidad de construir un “sujeto de una cierta emancipación global” o de una “emancipación parcial” (Laclau, 2003: 52 y 60). De hecho, reconocerá, como en NR, que “todavía quedan remanente de identidades plenas de clase”, como los “enclaves mineros” y “algunas áreas campesinas atrasadas” (Laclau 2003, 300), destacando que las “clases” pueden ser entendidas como “nombres para puntos transitorios de estabilización”

(Laclau 2003, 59). Sin embargo, no se extenderá sobre la conceptualización y las implicancias ético-políticas de este planteo.

La novedad de esta etapa provendrá de su respuesta a las críticas “por izquierda” de Žižek (2003), quien lo acusará de abandonar la centralidad de la base económica para comprender el capitalismo. Luego de cuestionar al filósofo esloveno por mantener una postura política ambigua, Laclau se asumirá “de izquierda”, defendiendo la construcción de “discursos universalizantes” contra el “sistema dominante” y luchando contra la “derecha”, a la que asociará al “neoliberalismo” (Laclau 2003, 210 y 213). En consonancia con la materialización histórica de los efectos regresivos y asimétricos de las políticas ortodoxas a escala global, y al compás de la emergencia de movimientos sociales y liderazgos políticos críticos del neoliberalismo, Laclau vinculará el proceso de globalización con la aplicación de las reformas estructurales y sostendrá la necesidad de construir un “discurso universal” que permita “competir con el consenso neoliberal” (Laclau 2003, 306).

En sus debates con Žižek, Laclau le criticará la falta de un “pensamiento político”, entendido como una “reflexión estratégica” (Laclau 2003, 289). Según nos recordará, “Hegemonía y estrategia socialista”, como su nombre lo indica, “fue concebido como una reflexión sobre la estrategia”. Precisamente, “la hegemonía se presenta como una nueva categoría en respuesta a estos obstáculos y como un intento de recuperar la iniciativa socialista, en un terreno histórico alterado”. El proyecto de “democracia radical” consistiría, por lo tanto, en la construcción de un “proyecto político abocado a repensar la estrategia hegemónica en las nuevas condiciones históricas de las sociedades contemporáneas”¹⁷ (Laclau 2003, 294).

Desde el plano óptico, sin embargo, la propuesta laclauniana consistirá en la “superación del modelo económico neoliberal mediante la introducción de una regulación estatal y el control democrático de la economía, de modo tal de evitar los peores efectos de la globalización” (Laclau 2003, 208). En ese marco, la estrategia concreta se reducía a la necesidad de incorporar un “control social del proceso productivo”,

¹⁷En un artículo escrito en el 2006, Laclau insistía en criticar el “ultraizquierdismo” de Žižek, haciendo referencia a la necesidad de “rearticular demandas en una guerra de posición” (Laclau 2006b, s/p).

promoviendo un “control democrático” de la economía, para evitar que “degenere en lo que podría ser la regulación de una burocracia todopoderosa” (Laclau 2003, 292-293). De este modo, pese a sus críticas a la ambigüedad de Zizek, a lo que se sumarán las diatribas a la socialdemocracia europea y a los teóricos de la “Tercera Vía” (Giddens, Beck) por subordinar las críticas construidas en términos políticos (antagónicos), su propuesta “socialista” se ubicará en una posición no muy alejada de sus antagonistas¹⁸.

3.7 La teoría posfundacional del populismo

En el año 2005, junto a un breve artículo que condensaría los ejes de su posterior propuesta teórica (Laclau 2005b) hizo su aparición pública un controvertido libro de Laclau, que llevaría el nombre de *La razón populista*. En este texto, Laclau (2005a) plantea algunas reformulaciones centrales en su perspectiva, acentuando el desarrollo de una ontología político-discursiva de lo social. Sintéticamente, propone pensar al populismo como una forma de construir las identidades políticas, que se caracteriza por la división en dos partes del espacio social y la rearticulación “equivalencial” de las “demandas sociales insatisfechas” del “pueblo”, a través de la figura del líder populista, que marca un antagonismo frente al “poder” y las formas “institucionales”¹⁹ (Laclau 2005a).

Junto a la incorporación de una concepción posfundacional del populismo, la primera novedad relevante de este texto proviene de la revalorización del papel potencialmente representativo y democratizador (en

¹⁸En consonancia con las críticas post-schmittianas de Mouffe (1999), en su última etapa Laclau cuestiona a las visiones de la “Tercera vía”, al postular que “no hay políticas económicas de derecha o izquierda, sino (que) hay políticas económicas buenas o malas” (Laclau 2003, 235 y 305, 2005b: 37). Sin embargo, al releer el texto central de Giddens (2000), como principal “intelectual orgánico” de la “Tercera vía” de Tony Blair, no solo encontramos elementos normativos en común con la teoría de la “democracia radical y plural”, como la defensa de las “cuestiones ecológicas” y la “democratización de la democracia”, ligada a los valores de la “igualdad”, la “libertad”, el “pluralismo” de los “derechos individuales” y el “principio de la igualdad entre los sexos” (Giddens 2000 57-84, 111-114); y otros similares a los que plantea Laclau en su última etapa, como la “regulación de los mercados financieros” para impedir la “especulación monetaria” (Giddens 2000 174-176), sino también un posicionamiento más complejo sobre la derecha y la izquierda. En ese marco, Giddens no sólo no plantea los antagonismos en términos morales (políticas buenas y malas), sino que reconoce que “hay grandes diferencias entre socialdemócratas y neoliberales acerca del futuro del Estado de bienestar, y esas diferencias se concentran en torno a la división izquierda/derecha” (Giddens 2000, 60). Lo que destaca el sociólogo inglés, en realidad, son los “límites” actuales de la clásica distinción “izquierda y derecha”, a partir del derrumbe del socialismo real y la preocupación creciente por las cuestiones ecológicas (Giddens 2000, 57), de modo tal que “la izquierda y la derecha abarcan ahora menos que antes” (Giddens 2000, 58).

¹⁹Ya en el texto de 1977 Laclau (1978) se refería a la cuestión de los populismos, aunque lo hacía desde una concepción neo-marxista estructuralista.

el sentido clásico y no liberal del término) de los liderazgos políticos y, en particular, de los liderazgos “populistas”, habitualmente denigrados desde las Ciencias Sociales. En segundo término, Laclau subraya el papel central del sujeto político “pueblo”, entendido como “los de abajo”, en la construcción discursiva de los populismos. En ese marco, frente a las concepciones elitistas de la democracia, reivindica, en cierta forma, a la concepción clásica, al colocar el eje del análisis político en la “unidad mínima”, vinculada a las “demandas sociales”. Finalmente, profundiza en la importancia central de la ligazón afectiva (“catexial”), alejándose de las perspectivas racionalistas de la Ciencia Política anglosajona y del marxismo.

El principal problema se observa en el momento de desplazarnos a la dimensión normativa, vinculada al objetivo ético-político crítico y socialmente transformador. Hacia el final del libro del 2003, el propio Laclau reconocía que en su teoría de la hegemonía “la argumentación normativa no ha avanzado lo suficiente”, concluyendo, de modo esperanzador, que “espero restaurar el equilibrio apropiado” en “futuros trabajos” (Laclau 2003c, 295). Sin embargo, con el desarrollo de la teoría posfundacional del populismo, lejos de profundizar estos aspectos del plano óntico, la construcción de un proyecto político radicalmente transformador se evaporará casi por completo. Dejando de lado las críticas desde el posfundacionalismo al “déficit normativo” de la teoría de la hegemonía²⁰, nos interesa destacar aquellas provenientes desde las tradiciones marxistas que, básicamente, han cuestionado a Laclau por construir una teoría funcional a las experiencias “bonapartistas” y “reformistas” del populismo latinoamericano del siglo XXI y por abandonar el desarrollo de la dimensión socialista²¹.

Desde la publicación de *La razón populista*, hasta su fallecimiento en 2014, Laclau mantuvo el énfasis en la construcción de una ontología político-discursiva general de lo social. En ese marco, no solo no volvió a autodefinirse como posmarxista, sino que dejó de lado su anterior concepción de socialismo democrático y plural y la conceptualización de los nuevos movimientos sociales

²⁰Al respecto, puede consultarse la compilación de Critchley y Marchart (2008) y los trabajos de De Ípola (2009) y Melo y Aboy Carlés (2014).

²¹Véanse, en este sentido, Katz (2008) y Gutiérrez (2014).

y sus experiencias de democratización y participación igualitarias y horizontales. En algunos artículos científicos, Laclau procuró responder a las sucesivas críticas que generó LRP desde el campo de las izquierdas, reconociendo como “una legítima cuestión” determinar “si no hay una tensión entre el momento de la participación popular y el momento del líder” y señalando su preocupación “si el predominio de este último no puede llevar a la limitación de aquélla” (Laclau 2006a, 60). En su libro póstumo, que no plantea mayores novedades teóricas, retornó a este problema normativo, destacando la tensión entre la dimensión “vertical” y la dimensión “horizontal” del proceso de representación política en los fenómenos populistas (Laclau 2014, 20), aunque sin profundizar al respecto.

En el año 2008, en plena efervescencia de los liderazgos posneoliberales en América Latina, se publicó en español un pequeño libro, conocido como *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*. En este trabajo, Laclau retornó al debate con las estrategias de la izquierda posfundacional, cuestionando a las propuestas “autonomistas” y ultra-particularistas de Hardt y Negri (2002) y Badiou (2007), y reforzando las críticas a las ambigüedades ideológicas de la teoría hegeliano-lacanianiana de Žižek. En ese marco, asumiendo la concepción de la hegemonía como una “universalidad relativa”, Laclau destacaba que “hay un proceso molecular de transformaciones parciales que es absolutamente vital” (Laclau 2008, 115). En el momento de examinar la dimensión óptica, el pensador argentino hacía mención a los “componentes formales de una ética militante” (Laclau 2008, 73), y a la necesidad de “construir un Estado integral”, frente a la propuesta autonomista de Badiou (Laclau 2008, 106). Sin embargo, continuando con el creciente formalismo de su perspectiva, en ningún momento se extendería sobre la “estrategia socialista”, o sobre los caminos a seguir para alcanzar, o al menos para aproximarse, a un posmarxismo, o al desarrollo de una praxis social transformadora, que conduzca hacia las emancipaciones de los pueblos oprimidos frente a las formas de explotación social del capitalismo.

De modo tal que, en los textos de la última década, Laclau no hace sino confirmar el desvanecimiento de la dimensión socialmente transformadora, acentuando las distancias no solo con las tradiciones marxistas, sino con las mismas vertientes socialistas. La pregunta que

queda flotando, entonces, es ¿qué herencia teórica y política marxista, e incluso qué herencia socialista, conserva la teoría de la hegemonía de Laclau en su última etapa?

4 La cuestión normativa en la teoría posfundacional de Laclau: tres etapas histórico-políticas

4.1 Primera etapa: la construcción del socialismo democrático y plural (1985-1990)

Reagrupando los textos que hemos analizado desde su dimensión normativa (esto es, desde su meta socialmente transformadora y anti-esencialista), podemos identificar en la obra posfundacional de Laclau tres etapas histórico-políticas, aunque no meramente cronológicas, en sus debates con las tradiciones marxistas y de izquierdas. En la primera etapa, escrita al calor de las transformaciones estructurales e identitarias del capitalismo, el avance de los nuevos movimientos sociales (NMS) y la creciente burocratización de los modelos de socialismo real, el pensador argentino construye una innovadora teoría de la “democracia radical y plural”. Cuatro son los ejes centrales de esta propuesta, que denotan la influencia del socialismo humanista italiano (Coletti, Della Volpe, Mondolfo) y, en particular, del post-estructuralismo de autores como Lefort (1990):

- i. La crítica a las formas elitistas, jerárquicas y burocráticas y la defensa irrestricta de los principios de la igualdad sustantiva, la humanización de las relaciones sociales y las formas de participación social horizontales y plurales de los sectores subalternos.
- ii. La crítica a las múltiples formas de explotación, dominación y opresión social sobre los sectores subalternos y las minorías culturales.
- iii. En el marco de estas dos premisas, la defensa explícita de las experiencias de participación social horizontales, igualitarias y plurales de los nuevos movimientos sociales y, por lo tanto, de los derechos de las minorías sociales y culturales (sexuales, étnicas,

religiosas) y las nuevas formas de protesta social no clasistas (ecológicas, en defensa de los Derechos Humanos, etc.).

- iv. La necesidad de repolitizar, desde el orden signifiante, las relaciones de subordinación y opresión social de las minorías culturales, en términos que puedan ser percibidos y asumidos por los sectores subalternos como relaciones antagónicas y contradictorias, promoviendo la lucha por su emancipación social.

En esta etapa, que se extiende desde mediados de los años '80 hasta comienzos de la década de los '90, Laclau privilegia la herencia gramsciana en clave "reformista", al tiempo que relega los aportes clave de Marx²². A su vez, privilegia la dimensión democrático-radical, por sobre la conceptualización de la dimensión socialista (Fair 2015). Sin embargo, a partir de los debates que mantiene en NR con referentes de izquierdas, el pensador argentino profundiza el dialogismo con las tradiciones marxistas no ortodoxas. En ese marco, podemos destacar tres contribuciones nodales:

- i. La necesidad de historizar y contextualizar el concepto de clase social y el reconocimiento de su utilidad para el análisis de ciertas áreas del capitalismo actual, signadas por la continuidad y estabilidad fundamentales entre todas las posiciones de los agentes sociales.
- ii. El reconocimiento del papel central que asume lo económico en la dinámica política del capitalismo actual.
- iii. La posibilidad de articular formas públicas y privadas para promover la socialización parcial de los medios de producción.

El punto i) deja abierta una doble posibilidad. Por un lado, la de deconstruir, para luego reconstruir, un concepto posfundacional de clase que no repita los reduccionismos y esencialismos de la visión marxista, reconociendo su carácter histórico y contingente (esto es, no necesario ni objetivo). Por el otro, la de emplear esta reformulación teórica al

²²De hecho, Laclau no recupera conceptos típicos de Marx y de lo que fue su obra central ("El capital"), e incluso no incorpora los aportes teóricos de los textos de "juventud" del pensador alemán (por ejemplo, de sus "Manuscritos").

análisis de experiencias políticas concretas, como enclaves mineros o explotaciones campesinas, tal como predominan actualmente en algunas zonas pauperizadas de América Latina (en particular, de Bolivia, Ecuador y Chile). De hecho, si seguimos lo que sostiene Laclau (1993, 175), se abre la posibilidad de realizar un análisis historicista (no marxista) en torno a la tesis (marxista) de la “falsa conciencia”, que pueda ser aplicable a las experiencias histórico-políticas signadas por cierta *homogeneidad tendencial* de posiciones de los agentes sociales.

El punto ii) abre la posibilidad para el desarrollo de una especie de *análisis constructivo-materialista* de los modos de dominación del capitalismo contemporáneo, en clave posfundacional. En ese sentido, reconociendo la inexistencia de fundamentos *a priori* de lo social, se hace presente la posibilidad de realizar un análisis histórico-político del papel central que asume la lógica de hipermercantilización y el discurso de la racionalidad económica en el capitalismo neoliberal.

Por último, el punto iii) abre la posibilidad para repensar las experiencias histórico-políticas poscapitalistas que luchan por la socialización parcial de los medios de producción, a través del análisis de las cooperativas sociales, las fábricas recuperadas por los trabajadores y otras experiencias no guiadas por una racionalidad instrumental y estrictamente capitalista.

4.2 Segunda etapa: el vaciamiento sustantivo de la estrategia socialista y de la democracia radicalizada

En los trabajos que se extienden durante la década de los '90, escritos al calor del derrumbe del socialismo real, los efectos regresivos del neoliberalismo globalizado y el avance del imperialismo estadounidense, Laclau, sintomáticamente, fue relegando de forma progresiva sus debates con las tradiciones marxistas y socialistas, acercándose a las posiciones más deconstructivistas y reduciendo el aspecto normativo más sustancial (ligado al ideal de transformación social radical) a las críticas filosóficas frente a las formas universalistas y a las estrategias ultra-particularistas y consensualistas (Laclau 1996; 2005b). En ese contexto, aunque mantuvo los fundamentos ontológicos, se produjeron en sus textos algunas reformulaciones teóricas y políticas que desvanecieron la conceptualización de la dimensión socialista, la crítica

humanista al capitalismo y las estrategias de repolitización (concientización) de los nuevos movimientos sociales, desde una democracia radical y plural. Incluso, de una forma sintomática, desapareció el mismo concepto de “estrategia socialista” y las críticas a las formas de dominación y opresión capitalistas. De esta manera, la teoría de la hegemonía de Laclau adoptó una concepción normativa más débil, expresando una notable influencia de la lógica de la “indecidibilidad” derridiana. En sus debates con Butler y Žižek (2000), pese a reconocer el déficit normativo, Laclau conservó una posición similar, sin profundizar en la conceptualización de las experiencias socialistas y poscapitalistas y en la construcción de una estrategia para edificar una hegemonía alternativa al orden neoliberal e imperial dominante.

En esta segunda etapa posfundacional podemos reagrupar los ejes “programáticos” de la propuesta de Laclau a nivel praxístico a partir de dos elementos centrales, que coinciden plenamente con la forma hegemónica de la política del pensador argentino:

1) LA CONSTRUCCIÓN POLÍTICA DE UN DISCURSO UNIVERSALIZADOR CON UNA ORIENTACIÓN (INDECIDIBLE) “EMANCIPATORIA”: este discurso se debe oponer a toda forma de “nihilismo” (Laclau 1996; 2003, 189) y a toda defensa centrada en la “particularidad”. En ese marco, Laclau insiste en su rechazo al “mero particularismo posmoderno” (Laclau 2003, 300), valorando la construcción de formas de “universalidad hegemónica” (Laclau 1996, 131). Ello implica un abandono, por parte de la “izquierda”, de su “estrategia puramente defensiva”, reconstruyendo un “imaginario social universalizante” (Laclau 2003, 213). Lo que se debe hacer, en ese sentido, es “construir una voluntad colectiva” (Laclau 2003, 211) y un “nuevo imaginario social”, que articule a la sociedad a través de la “gestión de su propia imposibilidad”²³ (Laclau 1996, 182), en dirección a las formas “emancipatorias” (Laclau 1996). Sin embargo, al ser una construcción “indecidible”, este proyecto no puede especificar un contenido ético-político concreto (Laclau 2005c, 99).

2) LA ACEPTACIÓN DE LOS MÚLTIPLES ANTAGONISMOS Y PARTICULAR-

²³En un artículo de un pequeño libro, publicado a mediados de los años '90, Laclau (2004) se centra en cuestiones vinculadas a la “ideología” y a los “imaginarios”. En ese marco, desde la retórica y el psicoanálisis lacaniano, realiza una crítica a las concepciones neo-marxistas de la Escuela de Frankfurt y a la visión althusseriana, lo que acentúa sus divergencias con el marxismo ortodoxo, al tiempo que, paradójicamente, lo acerca a la teoría de la ideología de Žižek.

IDADES COMO CONSTITUTIVOS: el segundo núcleo normativo, derivado del aspecto inherentemente “precario”, “parcial” e “indecidible” de toda hegemonía (Laclau 1996; 2005c), consiste en promover y aceptar la expresión de las “diferencias” y “particularidades” sociales. En ese marco, al desplazarse al plano óptico, Laclau destaca que se debe mantener la “posibilidad de disenso”, en tanto que “la división social, el antagonismo y su necesaria consecuencia, el poder, son las verdaderas condiciones de una libertad, que no elimina la particularidad” (Laclau 2003, 210).

El proyecto político de esta segunda etapa puede resumirse, entonces, en cómo lograr un “discurso emancipatorio” que no se reduzca a la defensa de los “meros particularismos”, sino que instituya políticamente una “dimensión universal”, aunque procurando resguardar las “particularidades” (Laclau 2003, 208). En otras palabras, se debe apuntar a la construcción de un orden universal, pero que sea “compatible con el pluralismo social y cultural” (Laclau 2003; 292-293). Como consecuencia de este modo de pensar las identidades políticas, análogo a la forma hegemónica (en tanto distinguible de las “desviaciones” totalitarias y esencialistas de la plena universalidad), Laclau se refiere a la construcción de una “política democrática” que se reduce a la “institucionalización” de la “propia apertura” de lo social y, en ese sentido, al “imperativo de identificarse con su imposibilidad final” (Laclau 2003, 201). De este modo, en ausencia de una conceptualización de las formas participativas, socialistas y poscapitalistas, el único aspecto normativo explícito se limita a una aceptación lefortiana-lacaniana, de la diferencia y la pluralidad como aspectos ontológicos, con el objetivo de construir un imaginario social universalizante (aunque ópticamente vacío).

Si bien Laclau conserva la validez de la forma hegemónica como un universal-particular y no abandona el ideal emancipador, la estrategia política contrasta notablemente con aquella que fuera desarrollada en HyES. Recordemos que, en ese entonces, además de plantear una distinción central entre las formas de subordinación, contradicción y antagonismo, Laclau se refería explícitamente a la defensa de la “teoría socialista”, a la que definía como “el derecho del agente social a la igualdad y a la participación” y como la construcción de un horizonte de “eliminación de las relaciones de subordinación y de las

desigualdades” (Laclau y Mouffe 1987, 231 y 235). En NR, además, vimos los aportes para deconstruir el concepto de clase social con el objeto de ser empleado en condiciones históricas particulares (como enclaves mineros) y el rol contextualmente privilegiado de lo económico en el capitalismo actual. En los textos de los años ´90 posteriores a NR, al compás del derrumbe del socialismo real y el avance del neoliberalismo globalizado, Laclau no sólo abandona el concepto de socialismo y la propuesta de socialización parcial de los medios de producción, sino también la crítica radical a las formas de opresión y explotación social y la misma conceptualización y defensa explícita de las formas participativas, igualitarias y horizontales de la democracia radicalizada.

4.3 Tercera etapa: la teoría posfundacional del populismo y la defensa del liderazgo estatalista ¿posmarxista?, ¿socialista?

A partir de la elaboración de la más reciente teoría posfundacional del populismo, podemos identificar una tercera etapa, que se extiende hasta su fallecimiento (2014), caracterizada por los siguientes elementos diferenciales:

- i. La revalorización del papel centralmente democrático-popular (en un sentido clásico) de los liderazgos populistas y la rehabilitación del concepto de pueblo, contribuyendo a criticar los límites de las formas institucionalistas, tecnocráticas y elitistas del liberalismo procedimental, desde un enfoque posfundacional.
- ii. La construcción de una teoría formal del populismo, afín a las experiencias nacional-populistas de nuestra región, que abandona los vínculos con las tradiciones marxistas y socialistas.
- iii. El énfasis en la construcción de una ontología político-discursiva de lo social que privilegia el papel re-articulador del liderazgo populista, lo que se tradujo en un práctico abandono de la teoría de la democracia radical y plural, vinculada a la conceptualización de las luchas emancipadoras de las minorías culturales y a la defensa de la lógica horizontal y la aceptación de la pluralidad de los nuevos movimientos sociales, frente a la lógica verticalista y jerárquica del poder estatal.

En ese marco, sostenemos que, en esta tercera etapa, Laclau termina de realizar un triple desplazamiento histórico e intelectual en la dimensión normativa, ya iniciado en su segunda etapa, que puede ser examinado desde las dimensiones socialista, democrático-igualitaria y plural.

5 Los desplazamientos diacrónicos de la teoría de la hegemonía de Laclau y sus implicancias normativas

1) EL DESPLAZAMIENTO DESDE EL PREDOMINIO DE LA DIMENSIÓN SOCIALISTA Y LAS LUCHAS POSCAPITALISTAS, AL PREDOMINIO DE LA DIMENSIÓN ESTATALISTA Y PRO-CAPITALISTA: un primer desplazamiento tendencial muestra el contraste entre el desarrollo de la estrategia socialista de la primera etapa posfundacional de la obra de Laclau, vinculada a la crítica radicalizada a las relaciones de explotación y opresión social sobre los grupos subalternos y la estrategia de concientización política de las relaciones de dominación en términos antagónicos, la reflexión sobre las formas poscapitalistas y mixtas y la historización del concepto de clase social desde la dinámica política, hacia la ausencia de referencias concretas para radicalizar las reformas socialistas existentes, promover mecanismos de lucha anti-neoliberal y formas pos-capitalistas. En ese marco, lejos de desarrollar la dimensión socialista, la teoría discursiva del populismo prioriza el papel central y cuasi-excluyente que adquiere el líder populista. A su vez, promueve un creciente formalismo teórico que convoca al peligro de caer, en la dinámica política, en un “transformismo” que devenga en una “revolución pasiva” (Gramsci 1984), desactivando o congelando la meta socialmente transformadora y el objetivo emancipador.

2) EL DESPLAZAMIENTO DESDE EL PREDOMINIO DE LA DIMENSIÓN DEMOCRÁTICO-IGUALITARIA, PARTICIPATIVA, POPULAR Y HORIZONTAL, AL PREDOMINIO DE LA DIMENSIÓN REPRESENTATIVA-VERTICALISTA Y JERÁRQUICA DEL LÍDER: un segundo desplazamiento diacrónico aleja a la teoría de Laclau de la conceptualización de la democracia socialista, con su visión igualitaria, participativa y horizontal, desde una lógica popular no estatalista, para priorizar la elaboración de una teoría formal que destaca el papel central de los liderazgos populistas como ejes rearticuladores y el predominio de las formas estatalistas,

verticales y jerárquicas de representación social. En ese marco, aunque Laclau procura sortear el problema de la representación política verticalista, colocando el eje en las demandas sociales de “los de abajo” y en las formas de movilización social no institucionalizadas, no se extiende sobre la necesidad de mantener una relativa autonomía de los nuevos movimientos sociales frente a los liderazgos políticos, ni examina las formas de democratización radical de las masas populares por afuera de los vínculos directos con el poder estatal. De este modo, abandona la conceptualización de los nuevos movimientos sociales y sus formas de democracia plural y tampoco examina ni promueve los mecanismos de participación directa y semi-directa del demos y las estrategias políticas para evitar el peligro de la burocratización, el clientelismo y la cooptación política de los movimientos populares. El peligro de esta subteorización es que determinado liderazgo populista, en nombre de la “voluntad popular” o la defensa de los “intereses nacionales”, coopte y desactive a los sectores subalternos y a las masas populares desde el poder vertical del Estado, al tiempo que enfatice en los vínculos verticales y descendentes desde sus directrices políticas.

3) EL DESPLAZAMIENTO DESDE EL PREDOMINIO DE LA DIMENSIÓN PLURALISTA, AL PREDOMINIO DE LA DIMENSIÓN AUTOCRÁTICA DEL LÍDER: en tercer lugar, la teoría posfundacional de Laclau realiza un desplazamiento diacrónico desde la conceptualización y el apoyo explícito de las formas de radicalización democrática y plural de su primera etapa, hacia la construcción de una teoría formalista que, pese a algunas referencias marginales, relega la conceptualización y valoración de la tradición democrático-pluralista de la izquierda liberal²⁴. El peligro, en ese sentido, son las derivaciones potenciales cuando nos desplazamos al nivel óntico, que pueden conducir a la presencia de un liderazgo político autocrático e iliberal, e incluso asumir la forma extrema de un anti-liberalismo, contrario al respeto a la pluralidad social, la aceptación del disenso, las diferencias particulares y la fecundidad de los antagonismos y, por lo tanto, antitético con las premisas no esencialistas, particularistas, precarias y

²⁴En algunos pasajes de “La razón populista” Laclau reconoce la validez de las “demandas liberales” y la defensa de las “libertades civiles” y los “Derechos Humanos” (Laclau, 2005a: 216). También observa, en otros textos, las mixturas entre el populismo y el institucionalismo en las experiencias políticas de la centroizquierda latinoamericana (Laclau 2006b), lo que permite disolver las disyunciones formales, al analizar las experiencias políticas realmente existentes, y desvincula a la teoría del populismo de la defensa de una propuesta totalitaria o anti-liberal.

parciales que adquiere la forma hegemónica y la teoría posfundacional de Laclau. Las identidades “populistas” corren el riesgo, así, de convertirse en identidades populares “totales”²⁵.

Estos déficits teóricos y normativos, que se extienden desde la publicación de LRP hasta el fallecimiento físico de Laclau, nos permiten preguntarnos, legítimamente: ¿en dónde quedó la estrategia teórica y política para construir un proyecto de socialismo democrático, que permita superar las formas de opresión social del capitalismo y promueva una mayor participación igualitaria, horizontal y plural del demos para fomentar su liberación social? ¿Es el papel re-articulador del líder populista la “solución” para alcanzar un proyecto democrático-popular, socialista y emancipador, o sólo una propuesta reformista con pretensiones “transformistas” y potencialidades autocráticas, burocráticas, clientelistas y elitistas? En todo caso, ¿cómo podemos evitar el peligro real de que el líder populista coopte y desactive diferencialmente a las masas, se burocratice y termine construyendo, en nombre de los “intereses” del “Pueblo” o de la “Nación”, una “revolución pasiva”, legitimando, fácticamente, un orden social conservador y contrario al respeto a la diversidad de ideas y al derecho a disentir con el poder político?

6 A modo de conclusión

La teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau constituye una referencia central en el campo de la teoría política contemporánea y el análisis sociopolítico. Sin embargo, no ha estado exenta de una multiplicidad de debates y polémicas. En este trabajo nos centramos en el problema del posicionamiento de la teoría posfundacional de la hegemonía en el campo posmarxista, colocando el eje en la dimensión normativa, que vinculamos a la praxis social transformadora de las condiciones de explotación y opresión de los grupos subalternos y a la aceptación de las particularidades y diferencias como constitutivas. A partir del análisis de sus principales textos que se inician con la ruptura de 1985, que marcan su giro hacia el posmarxismo, identificamos tres etapas histórico-políticas e intelectuales, aunque no meramente cronológicas,

²⁵Sobre los tipos de identidades populares y sus tensiones con las formas pluralistas, véase Aboy Carlés (2013).

en su obra. En una etapa inicial, que se extiende entre 1985 y 1990, Laclau elabora una teoría de la democracia radical y plural, con eje en una reformulación del concepto de hegemonía gramsciana en clave posfundacional, tomando como base dos dimensiones. Por un lado, una dimensión democrática, que promueve una estrategia de universalización hegemónica centrada en la defensa de las formas horizontales, participativas e igualitarias de los nuevos movimientos sociales y el respeto a la pluralidad cultural y social. Por el otro, la construcción de una estrategia socialista, que critica y busca trascender las múltiples formas de explotación y opresión social del orden capitalista, desde una concepción igualitaria y neo-humanista, que lucha por la liberación social de los grupos subordinados.

A partir de los debates que mantiene en NR con referentes de izquierdas, Laclau destaca la necesidad de historizar y contextualizar el concepto de clase social y recupera su validez para el análisis político de ciertas áreas del capitalismo que encuentran una continuidad fundamental entre todas sus posiciones de sujeto. Ello habilita a deconstruir y recuperar el concepto de clase social para el análisis de ciertas condiciones particulares del capitalismo actual, como áreas campesinas atrasadas o enclaves mineros, signadas por la *homogeneidad tendencial* de posiciones de los agentes sociales. Además, reconoce el papel central que asume lo económico en la dinámica sociopolítica, lo que abre la posibilidad para el desarrollo de una especie de *análisis constructivo-materialista* de los modos de dominación del capitalismo contemporáneo, que destaque el predominio contextual de la lógica de hipermercantilización y el discurso de la racionalidad económica del capitalismo neoliberal. Por último, se refiere a la posibilidad de articular formas públicas y privadas para promover la socialización parcial de los medios de producción, lo que abre la posibilidad para analizar las experiencias poscapitalistas actuales, tales como cooperativas sociales o fábricas auto-gestionadas por los trabajadores.

En los años '90 (luego de NR) comienza una segunda etapa, en la que Laclau fue relegando la conceptualización de la dimensión democrático-radical y desvaneciendo el desarrollo de la dimensión socialista, lo que se tradujo en un creciente debilitamiento a nivel normativo. Aunque el pensador argentino mantuvo el concepto

posfundacional de hegemonía, y conservó el ideal emancipador (parcial) frente a las concepciones tecnocráticas, burocráticas y totalitarias de lo social, fue subordinando de forma progresiva el aspecto sustantivo, incluyendo la conceptualización de la estrategia teórica y política para promover la praxis transformadora frente a la hegemonía neoliberal y sus múltiples formas de explotación y opresión social.

A partir de la publicación de “La razón populista”, distinguimos una tercera etapa, en la que Laclau prioriza la construcción de una ontología política-discursiva de lo social que relega la dimensión plural de la democracia radicalizada, sin recuperar la dimensión socialista. En ese marco, su énfasis en el papel central de los liderazgos populistas como ejes re-articuladores de las demandas sociales de los de abajo, lo condujo a sub-teorizar las experiencias participativas, horizontales y plurales de los nuevos movimientos sociales y las minorías culturales, al tiempo que hacía un sintomático silencio sobre las experiencias socialistas y poscapitalistas y sus formas no estatistas y anti-neoliberales.

En base a estas transformaciones, en la última parte identificamos en la teoría posfundacional de Laclau un triple desplazamiento diacrónico desde el plano normativo. En primer lugar, desde la dimensión socialista, se llevó a cabo un desplazamiento tendencial desde la estrategia socialista, basada en la defensa de la igualdad sustantiva y la humanización social de los sectores subalternos frente a los mecanismos de opresión y de dominación social jerárquicos e injustos del capitalismo, hacia una ontología general, que solo mantiene un ideal emancipador vacío y sin contenido sustancial, desvaneciendo la dimensión crítica y radicalmente transformadora. En segundo término, desde la dimensión democrático-igualitaria, se produjo un desplazamiento tendencial desde la construcción de la democracia radicalizada, basada en la defensa de las formas participativas, horizontales e igualitarias de los nuevos movimientos sociales, hacia una teoría discursiva del populismo que prioriza las formas representativas, estatistas y verticalistas y la subordinación a las decisiones jerárquicas de los liderazgos populistas. Finalmente, se produjo un tercer desplazamiento tendencial desde el desarrollo de la dimensión plural de la democracia radical, hacia una concepción formalista centrada en las decisiones autocráticas del líder populista.

En el transcurso de estas transformaciones, acentuadas a partir de la publicación de “La razón populista”, Laclau fue privilegiando las formas representativas, estatistas y verticalistas de Maquiavelo, frente a los mecanismos de participación social democrático-populares, horizontales y no estatales, de tradición rousseauiano-jacobina; la ética vacía de contenido de la deconstrucción derridiana, en desmedro del republicanismo democrático, pluralista y humanista de Lefort; y la construcción de una ontología posheideggeriana, frente al desarrollo de una estrategia ético-política para construir un socialismo democrático para el siglo XXI. Estas transformaciones teóricas, intelectuales y políticas se tradujeron, en su última etapa, en una creciente simplificación de la teoría de la hegemonía y en la adopción de una concepción normativamente *débil*, centrada en la aceptación de la universalidad precaria y parcial de toda hegemonía, en tanto superación de los ultra-particularismos y de los universalismos totalitarios, junto al comodín del horizonte emancipador y la ética militante, pero carente del contenido sustantivo de sus trabajos de mediados de los años ´80 y comienzos de los ´90.

De manera tal que, en su última etapa, la teoría de Laclau no sólo abandona los elementos residuales que conservaba del marxismo y de la estrategia socialista, limitándose a un ideal emancipador vaciado del contenido crítico de las formas de explotación y opresión social del capitalismo, sino que también relega el desarrollo de la dimensión participativa-horizontal y plural de la democracia radicalizada, solo matizada por las aclaraciones marginales referidas a los peligros potenciales de su ontología al desplazarse a la dinámica política. En ese contexto, tanto en LRP como en sus textos posteriores, el pensador argentino no incorpora referencias teóricas y normativas concretas para radicalizar las reformas socialistas y democrático-participativas-horizontales, promoviendo mecanismos de lucha anti-neoliberal y pos-capitalista de los sectores subordinados y oprimidos y formas de participación directa y semi-directa del demos por afuera de los vínculos políticos con el poder estatal. Tampoco se extiende, sintomáticamente, sobre las estrategias políticas para promover la lógica igualitaria, horizontal, participativa y plural de los grupos subalternos, evitando el peligro de la burocratización, el clientelismo y la cooptación transformista de las masas populares y de los nuevos

movimientos sociales por parte de los liderazgos populistas y sus directrices políticas.

A partir de este debilitamiento normativo de su última etapa, el propio Laclau dejó abierta la posibilidad (y el peligro latente) para que se presenten dos opciones igualmente rechazables desde la dinámica histórico-política. Por un lado, que determinado liderazgo populista, arrogándose la representación social de la voluntad popular o los intereses verdaderos del Pueblo, termine promoviendo un orden político y social que elimine, en la práctica realmente existente, el aspecto particular, precario, parcial y contingente que resulta inherente a la teoría posfundacional de la hegemonía. Ello implicaría la paradoja de un liderazgo populista que tome como base las premisas de la teoría de Laclau para eclipsar las diferencias y particularidades y transformar la construcción hegemónica en una concepción universalista, esencialista y fundacional. De este modo, en el nombre del Pueblo-Uno, se terminaría legitimando un orden social contrario a sus premisas axiológicas.

Por el otro, la posibilidad que se presente en la dinámica política un populismo que mantenga su aspecto posfundacional, pero vacío de todo contenido crítico y socialmente transformador. Esto supondría la construcción de un orden burocrático, verticalista y jerárquico, que disuelva de forma paulatina su dimensión popular, horizontal y participativa. En este caso, se daría la paradoja de un liderazgo populista que, en nombre de la satisfacción de las demandas sociales del Pueblo y “los de abajo”, termine fácticamente por concentrar las decisiones “desde arriba” en la figura omnipresente del líder o la lideresa política, acentuando la lógica verticalista y centralista de ejercer el poder. De esta manera, se pone en evidencia el riesgo de un gobierno esclerotizado que subordine las formas de participación popular, coopte y desactive a los movimientos populares y abandone definitivamente la estrategia socialista para superar las formas de explotación y opresión social del sistema capitalista. El predominio de ambas estrategias políticas, que parecen aventurarse en países como Venezuela, en el primer caso, y Argentina, en el segundo, no sólo podría significar un retroceso concreto en el apoyo popular a los gobiernos populistas de la región, sino que también podría dejar el camino libre para el avance de formas de gobierno que, en nombre de la defensa de

la gestión técnica y el rechazo a las prácticas populistas, promuevan un orden político y social más opresivo, injusto y excluyente.

Referencias

- Aboy Carlés, Gerardo. (2013). “De lo popular a lo populista, o el incierto devenir de la plebs”, en Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo (comps.), *Las brechas del pueblo*, Bs. As.: Universidad Nacional de General Sarmiento y Universidad Nacional de Avellaneda, 17-40.
- Anderson, Perry. (2011). *Tras las huellas del materialismo histórico*, México: Siglo XXI.
- Arditi, Benjamín. (2010). “Post-hegemonía: la política fuera del paradigma postmarxista habitual”. En Heriberto Cairo y Javier Franzé (comps.), *Política y cultura*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 159-193.
- Badiou, Alain. (2007). *Reflexiones sobre nuestro tiempo*, Bs. As.: Del Cifrado.
- Balsa, Javier. (2006). “Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía”, *Theomai*, N°14, pp. 16-36. URL: <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO14/ArtBalsa.pdf>
- Bobbio, Norberto. (2012). *Liberalismo y democracia*. México: FCE.
- Borón, Atilio. (2000). “¿‘Posmarxismo’? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau”, en Atilio Borón, *Tras el búho de Minerva*. Bs. As.: CLACSO-FCE, pp. 73-102.
- Bourdieu, Pierre. (1984). *Sociología y cultura*, México DF: Grijalbo.
- Critchley, Simon y Marchart, Oliver (comps.). (2008). *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Bs. As., FCE.
- De Ípola, Emilio. (2009). “La última utopía. Reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau”, en Claudia Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Bs. As., Siglo XXI, pp. 197-220.
- Fair, Hernán. (2014). “Transformaciones, rupturas y continuidades entre la perspectiva de Ernesto Laclau y la tradición (post) estructuralista”, en Pedro Karczmarczyk (comp.), *El sujeto en cuestión*, La Plata, Edulp, pp. 187-240. URL: <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/view/29/43/114-1>

- Fair, Hernán. (2015). "Debates teóricos e intelectuales de la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau con/frente a las tradiciones marxistas y de izquierdas: ¿teoría post-marxista?", *Acta Sociológica*, N°68, pp. 95-129.
- Foucault, Michel. (1996). "Omnes et singulatim: hacia una crítica de la razón política", en Foucault, Michel, *¿Qué es la ilustración?*, Madrid: La piqueta, pp. 17-66.
- Foucault, Michel. (2008). *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI.
- Freire, Paulo. (1985). *Pedagogía del oprimido*, Bs. As.: Siglo XXI.
- Geras, Norman. (1987). "Postmarxism?", *New left review*, N°163, pp. 40-82.
- Giddens, Anthony. (2000). *La Tercera vía*, Bs. As.: Taurus.
- Gramsci, Antonio. (1984). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Bs. As.: Nueva Visión.
- Gutiérrez, Gastón. (2014). "Izquierda nacional, posmarxismo y populismo", en <http://www.pts.org.ar/Izquierda-nacional-posmarxismo-y-populismo>
- Hardt, Michael y Negri, Antonio. (2002). *Imperio*. Bs. As.: Paidós.
- Katz, Claudio. (2008). *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, Bs. As.: Luxemburg.
- Laclau, Ernesto. (1978). *Política e ideología en la teoría marxista*, Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto. (1985). "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política", en Julio Labastida (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, Siglo XXI, pp. 19-44.
- Laclau, Ernesto. (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Bs. As.: Nueva Visión.
- Laclau, Ernesto. (1996). *Emancipación y diferencia*, Bs. As.: Ariel.
- Laclau, Ernesto. (2003). "Estructura, historia y lo político" y "Construyendo la universalidad", en Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek (comps.), *Contingencia, hegemonía y universalidad*, México: FCE.
- Laclau, Ernesto. (2004). *Misticismo, retórica y política*, Bs. As., FCE.
- Laclau, Ernesto. (2005a). *La razón populista*, Bs. As., FCE.

- Laclau, Ernesto. (2005b). "Populismo: ¿qué hay en el nombre?", en Leonor Arfuch (comp.). *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Bs. As.: Paidós, pp. 25-46.
- Laclau, Ernesto. (2005c). "Deconstrucción, pragmatismo, hegemonía", en Chantal Mouffe (comp.), *Deconstrucción y pragmatismo*, Bs. As.: Espacios del saber, pp. 97-136.
- Laclau, Ernesto. (2006a). "Ideología y posmarxismo", *Anales de la educación común*, vol. 2, N°4, pp. 20-35.
- Laclau, Ernesto. (2006b). "La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana", *Nueva Sociedad*, N°205, pp. 56-61.
- Laclau, Ernesto. (2006c). "Consideraciones sobre el populismo latinoamericano", *Cuadernos del Cendes*, N°62, pp. 115-120.
- Laclau, Ernesto. (2008). *Debates y combates*, Bs. As., FCE.
- Laclau, Ernesto. (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Bs. As., FCE.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Bs. As., FCE.
- Lefort, Claude. (1990). *La invención democrática*, Bs. As.: Nueva Visión.
- Macpherson, Crawford. (1982). *La democracia liberal y su época*. Madrid: Alianza.
- Marchart, Oliver. (2009). *El pensamiento político posfundacional*, Bs. As.: FCE.
- Meiksins Wood, Ellen. (2013). *¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado*, Bs. As.: RyR ediciones.
- Melo, Julián y Aboy Carlés, Gerardo (2014), "La democracia radical y su tesoro perdido. Un itinerario intelectual de Ernesto Laclau", *Postdata*, Vol. 19, N°2, pp. 395-427.
- Mondolfo, Rodolfo. (1973). *El humanismo de Marx*, México: FCE.
- Mouffe, Chantal. (1999). *El retorno de lo político*. Bs. As.: Paidós.
- Norval, Aletha (1993), "Carta a Ernesto", en Ernesto Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Bs. As.: Nueva Visión, pp. 149-170.
- Portantiero, Juan Carlos. (1999). *Los usos de Gramsci*, Bs. As.: Grijalbo.

Zizek, Slavoj (2003), “¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Si, por favor!”, en Judith. Butler, Ernesto. Laclau y Slavoj Zizek (comps.). *Contingencia, hegemonía y universalidad*. Bs. As.: FCE, pp. 95-140.